



Contacto con DIOS

Wenceslao Sánchez Pérez S. I.

Todo hombre —por serlo— es un abismo de antítesis. Un *más* de superación continuo, truncado por su misma y esencial limitación. La insatisfacción y hartura le definen. Es una contradicción.

Ontológicamente, el hombre es autoinsuficiencia intrínseca y absoluta para ser y perseverar en la existencia. Lo que tiene, *lo ha recibido de fuera*. Sin embargo, en su misma esencia —mendigada,

y por lo mismo, contingente— radica intrínseca y vitalmente *un impulso de lo eterno con dirección hacia lo infinito*.

Su contingencia relativa siente irresistiblemente, aunque con frecuencia de una manera inconsciente, la atracción fascinadora del Absoluto que subsiste por Sí. Siendo nada, tiene vocación de plenitud. La inquietud de su mente y la insatisfacción de su corazón son, por consiguiente, intrínsecas a su vida peregrina. Sólo remansarán en paz, cuando reciba en su frente el beso del Eterno... junto a sus playas.

Página símbolo

Arranquemos una página a la vida. África, hacia el año 390. Un joven de gran talento, alma de fuego y corazón pasionalmente volcánico: Agustín.

Con ansias de genio, devoró volúmenes de literatura y filosofía, que entonces lo era todo. En vano. Minó voluptuosamente las criaturas todas... No dio con el filón. La verdad y el amor se le esfumaban entre las manos, cuando creía aprisionarlos. Su entendimiento quedó vacío. El corazón se le paralizaba por un frío amargo.

Hastiado de su vida, sintió que un día le quemaba el corazón con fuego inusitado. El fuego se hizo luz, y vio. Un grito de esperanza se le escapó entonces del pecho: «Señor, me has hecho para Ti y mi corazón se agita inquieto hasta que descanse en Ti» (1).

Nuevo horizonte

El amor auténtico reverdeció en el corazón de Agustín. La verdad infalible se desbordaba a raudales en su entendimiento.

El Absoluto acortó distancias, se le hizo encontradizo y le abrazó en lo más íntimo y sustancial del alma. «*Con amor de eternidades te amé; por eso, compadecido, te estreché junto a mi corazón*» (Jer 31^o).

(1) **Confesiones** Lib I cap 1 n 1.

Agustín tocaba experimentalmente a Dios. Su vida se asomaba a nuevos horizontes.

«Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Y he aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera y fuera te buscaba, y sobre esas hermosuras, que Tú creaste, me arrojaba deforme. Lejos de Ti me tenían aquellas cosas que, si no estuviesen en Ti, no tendrían ser. Clamaste y diste voces y rompiste mi sordera; relampagueaste, resplandeciste y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste fragancia, la respiré y anhelo por Ti; gusté de Ti, y tengo hambre y tengo sed; me tocaste y me abrasé en deseo de tu paz» (2).

Tampoco el hombre de hoy debe buscarlo fuera. No lo encontrará. En las almas tiene Él puesto su nido: Verdad eterna y Amor subsistente. *Es necesario, con urgencia*, un contacto con Él. Las valencias de infinitud y eternidad, que gimen en nuestro siquismo, son exclusivamente saturables por Él. *Es necesario el contacto personal* con Dios, experimentalmente profundo y amistoso.

Atención a lo interior

Parece mentira y sin embargo es un dogma. Dios, eterno e infinito, habita dentro de nosotros, al mismo tiempo que nosotros vivimos en su inmensidad. Somos manantial vivo de Dios, inmerso en el agua de su misma divinidad.

«¿No sabéis que sois Templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Cor 3 16). Y en el Areópago de Atenas, ante el altar del Dios desconocido, dijo el mismo Pablo que no estábamos lejos de Él, «porque en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Act 17 28).

La plenitud omnipresente, esencial y poderosa de Dios lo inunda todo. En el océano de su divinidad somos como una esponja. Su vida nos impregna. La vida de la Gracia, trasfusión vital del corazón de Dios al nuestro. «Somos partícipes de la naturaleza divina» (2 Petr 14). Verdaderos hijos de Dios. «Mirad cuál sea el amor del Padre para con nosotros, que podamos llamarnos, y de hecho seamos, hijos de Dios» (1 Io 3 1).

«El Reino de Dios está dentro de nosotros» (Lc 17 21). San Juan de la Cruz sintetizó la suma de la perfección así: «Olvido de lo creado-memoria del Creador —atención a lo interior— y estarse amando al Amado» (3).

Atención, pues. En el barro de nuestro cuerpo hay un tesoro de amor y un misterio de vida. «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, Dios verdadero» (Io 17 3). Y «Dios es amor» (1 Io 4 16). Y Dios mora en el fondo más íntimo de nuestro ser.

Cuando estudia y en el paseo; en el despacho y en la clase; en la tertulia y a solas; cuando la pena le muerde el alma, y en el gozo desbordante de la alegría; en gracia por su inhabitación de amor, y en pecado por su presencia divina; siempre, a todas horas, es el hombre templo de Dios. Dios siempre dentro de él y él siempre envuelto en la divinidad.

Y Dios es un Ser personal, un Yo subsistente con entendimiento infinitamente perfecto y corazón inmenso como la eternidad... Seríamos muy descorteses si no le hiciésemos caso. En lenguaje ignaciano seríamos «un perverso caballero».

Sin embargo, un pensamiento para Dios, un afecto consagrado a Él, un caer conscientemente en la cuenta de que está cerca, nos introduciría en el círculo de su amistad. Podríamos ser amigos de Dios. No es ilusión. Es un dogma, maravilloso sí, pero realísimo.

(2) Confesiones Lib X cap 27 n 38.

(3) Obras. Poesías: XVIII (Apost. Prens. 1943) pág. 906.

En espíritu y en verdad

Es necesario llegar al contacto personal, experimental y permanente con Dios. Al trato cordialmente amistoso con el ser más inteligente y de mayor corazón.

Para amar, hay que conocer. Para conocer, frecuentar el trato. Para tratar, buscar la presencia. Es ley universal de amistad.

Y ¿quién más cerca de nosotros que Dios? Presencia más íntima no la encontraremos jamás. Tratémoslo, hablemos con Él. Para ello no hace falta frecuentar mucho la iglesia, ni rezar largamente. El trato con Dios es algo *ontológica y psicológicamente más vital, personalmente humano, cálido...*

El Señor a la Samaritana:

«Créeme a mí, mujer, llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad; porque estos son los que el Padre desea que le adoren. Dios es Espíritu y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y verdad» (Io 4 21-23).

A los discípulos:

«Tú cuando ores, entra en tu aposento, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve todo lo escondido, te premiará... Y cuando oréis no digáis palabras inútiles, como los paganos que se figuran que van a ser oídos por su abundancia de palabras» (Mt 6 5-6).

Ni sitio determinado, ni fórmulas especiales. Nosotros somos el Templo y nuestro corazón el incensario de la plegaria. Hablemos con Dios en el interior.

«Aprende a orar. Es gracia de Dios. Pero es también obra de una buena voluntad, un arte que se ha de ejercitar. Se puede aprender a recoger el espíritu antes de entrar en la oración, a apaciguar nuestro interior y pensar en lo que se va a hacer, elevar el alma hasta Dios.

Se puede aprender a hablar con Dios sin necesidad de fórmulas de oración, a hablar con Dios de la propia necesidad, de la propia vida, de la misma repugnancia que se siente en tener que tratar con Él; a hablar con Él de los propios deberes, de las personas queridas, del propio estado de ánimo, del mundo y su miseria, de los que nos han precedido en la muerte; a hablar con Él de Él mismo, que es tan grande y tan distante, tan incomprensible y tan luminoso al mismo tiempo, que es Él la verdad y nosotros la mentira, Él el amor y nosotros el egoísmo, Él la vida y nosotros la muerte, Él la plenitud y nosotros la pobreza y el deseo».

K. Rahner S. I., *Angustia y salvación*, pág. 73

Cómo orar

Nada más fácil. Orar es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (4). Así, con la sencilla y jugosa confianza de dos amigos cordiales. Contar a Dios, en el silencio del corazón, la historia íntima de cada uno, con sus luces y sombras.

Hay tantas cosas allá adentro, que el hombre necesita verter en un corazón amigo. Y ¿quién mejor y más amigo que Dios?

El misterio de mi existencia con el enigma del más allá. Los problemas familiares, ocultos bajo una sonrisa más o menos fríamente diplomática. La llama del amor, con frecuencia traicionante o traicionada. Las caídas repetidamente vergonzosas... Los estudios... El trabajo. Los padres y los hijos. La esposa o la novia. Todo aquello que quisiéramos que alguien adivinase, sin tener que mover los labios. Hablar de todo esto con Dios, *eso es orar*. Con grande sencillez y suma confianza, sabiendo —*de fe*— que nos oye, puede y quiere ayudar.

Como dice San Ignacio: «El coloquio —diálogo con Dios en la oración— se hace propiamente hablando así *como un amigo habla a otro*, o un siervo a su señor, cuando pidiendo alguna gracia, cuando culpándose por algún mal hecho, cuando comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas»... (5).

Nueva vida

Sicológicamente se llega así a la cumbre de lo sobrenatural. Moisés, junto a la zarza ardiendo, esperaba a Dios. También ahora la teofanía llegará. Dios tocará nuestra alma. Sentiremos como Agustín el abrazo de Dios.

Lo mismo el joven del bullicio universitario que el oficinista; el hombre de carrera y de negocios que el sacerdote; todos pueden, todos deben llegar a este contacto personal, familiar con Dios. Es necesario como *solución exclusivamente integral* a las exigencias más íntimas de nuestro yo total.

Para ello, en medio de los negocios, de los estudios, de las cosas... *Necesitamos paz*. Unos momentos reposados, tranquilos, serenos para conectar con lo sobrenatural. «*Dios no se comunica en la turbación*» (3 Reg 19¹¹).

¿Cómo conseguirlo? Buscando el silencio de la soledad. En casa, en una iglesia, en un parque, en el campo, soledad, silencio, paz... exterior y sobre todo interior. *Olvido de lo creado*.

Después, abrir un libro. Los Evangelios, las cartas de San Pablo, Sapienciales del Antiguo Testamento, Kempis, Confesiones de San Agustín... cualquiera de estos. Bastan unas líneas. Más bien poco que mucho. Una mirada al interior donde mora Dios... Hablar después con Él, sobre lo leído... Memoria del *Creador —atención a lo interior*. Y amarle «*con todo el fuego de nuestro corazón, con toda la fuerza de nuestra alma*» (Deut 6⁵).

Mañana, hacer de la misma manera. Y también al día siguiente. Bastan unos minutos cada día. Dios vendrá y hablará sin palabras en el fondo del alma. Del trato brotará el amor y la necesidad de estar juntos. Se ha entablado amistad con Dios.

La vida cambiará completamente. Viviremos un catolicismo auténtico, positivo, pleno. Optimismo exultante de nuestra filiación divina.

(4) STA. TERESA Obras. Vida, cap VIII n 5 (BAC Madrid 1951) p. 638.

(5) Ejercicios Esp. Primer ejerc Coloq [54].

No estaremos solos. Una legión de jóvenes y hombres han sentido, como rebulle la sangre en primavera, la llamada *sobrenatural de su divinización*. La vida de santidad preocupa a muchos. A los mejores. Santidad que sólo encontrarán en el *contacto personal con Dios*, en medio de sus quehaceres.

Conectar con lo sobrenatural es lo importante. Con lo «*único necesario*» y «*que nunca nos será arrebatado*» (Lc 10⁴⁹). Con lo que dará *razón de ser* a la existencia en el irreversible fluir de cada día.

